

El amor es arte y como tal requiere disciplina, concentración, paciencia y confianza.

Reflexiones en torno a la educación para el amor

Creciendo en humanidad

Pablo Guerrero
Asesor familiar. Profesor de secundaria.

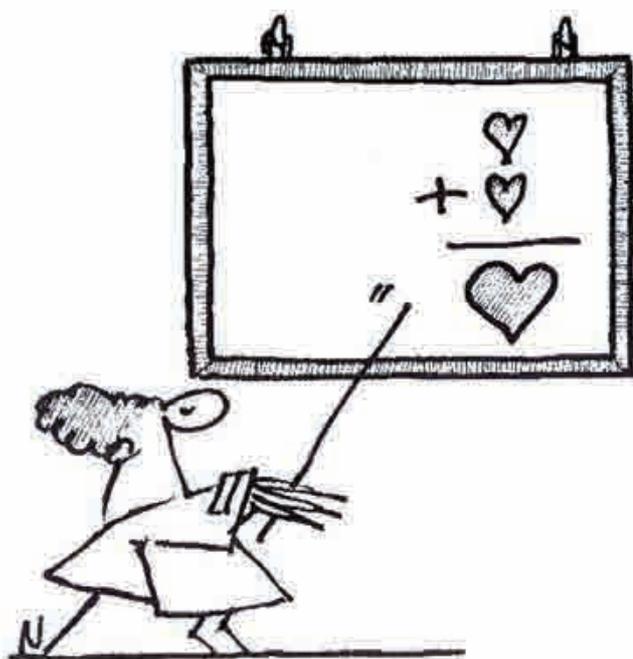
"Pensamos demasiado pero no sentimos lo suficiente."
(Charles Chaplin)

"El amor es algo muy importante; hay gente que dice que el amor es el motor del mundo."
(José, pequeño sólo en edad)

Hace escasamente una década, Joan Chittister constataba que *"no hay un solo niño de seis años que no esté ya enfrentándose a las cuestiones de la cultura americana, al que no se le imbuja la independencia, que no esté inmerso en el consumismo, que no sea alentado a dedicarse a su propio yo y al que no se le eduque en la autocomplacencia y el narcisismo"*. Estas palabras fueron escritas para el público estadounidense pero creo que pueden resonar, sin mucha dificultad, en esta parte del Atlántico. Es evidente que hay muchos padres y muchos maestros que educan muy bien. Pero no es menos cierto que también existen padres que no saben cómo querer y maestros que han olvidado, o que nunca descubrieron, que la educación es un "acto de amor".

Cuando veo a una pareja de ancianos que pasean cogidos de la mano, no puedo dejar de admirar el milagro que estoy presenciando. Noto, también, que me surge un sentimiento a mitad de camino entre la envidia (espero que sana) y la ternura. Estoy seguro de que no se trata de un milagro casual. Sin duda, está hecho a base de voluntad, de trabajo, de capacidad de riesgo, de confianza, de ensayo-error, de expectativas, de ternura, de paciencia, de capacidad de sorpresa, de miradas, de tantas cosas... Y creo que, sobre todo, es un milagro hecho de donación y de diálogo. Sé que me arriesgo a "almibarar" estas pági-

nas.



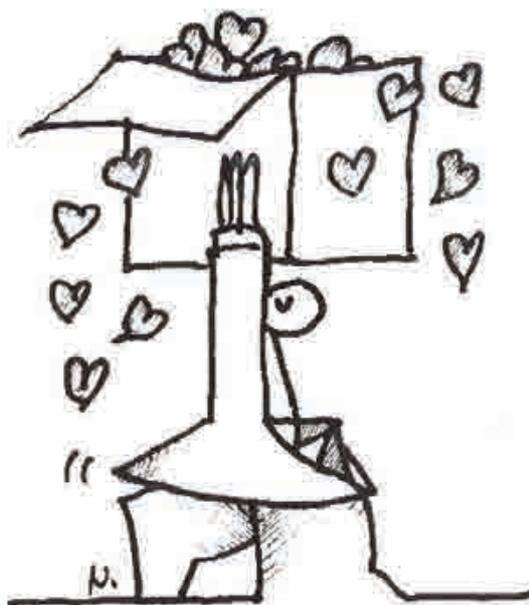
nas, pero por honradez hacia el lector, quiero avisarle de que el concepto de amor que va a ser manejado en este artículo tiene más que ver con esa pareja de ancianos, con ese "milagro", que con el imaginario con el que somos bombardeados por los Medios de Comunicación Social.

Y ahora, si les soy sincero, debo confesarles que ya he dicho lo que quería transmitir en este artículo. Lo que va a leer a partir de ahora no es más que una reflexión "en voz alta" sobre lo que entiendo por "querer bien", sobre la educación como acto de amor y sobre el milagro de salir de uno mismo y encontrarnos "con el otro" en un territorio común que construimos "entre los dos". Y este encuentro, que es el amor, no sólo es romántico. Este artículo no trata sólo de ese tipo de amor. El amor romántico, de pareja, no agota, ni mucho menos, lo que hay de humano en el amor. Pregunten a una madre, a un amigo de verdad, a quien vive a sus semejantes como hermanos...

Educar ¿para qué amor?

Hace unos días veía con unos amigos una película titulada *Love actually* y tengo que reconocer que hizo que cambiara parte de lo que tenía reflexionado y "tematizado" para este artículo. En clave de humor, esta película presenta diferentes caras del amor romántico, del amor concreto, del amor que todos sentimos o hemos sentido alguna vez... El amor como un lenguaje que se sobrepone a nuestras "torres de Babel", el amor que dura toda una vida, el amor traicionado, el amor salvaje, el amor silencioso (puede incluso que secreto), el amor que es capaz de querer sin poseer y sin apropiarse, el amor sin esperanza y sin intenciones ocultas..., el primer amor de niño, el amor explosivo y entusiasta del "joven", el amor adulto "lento, lúcido, humilde". Amor que puede ser tierno, dulce, cómplice, sacrificado, tímido, divertido, amargo, conmovedor... Amor que llena, pero también que vacía. Amor que hace disfrutar, pero que también "duele". Amor que llena de vida, pero que también hace que mueran cosas en nuestro ser. Amor que abraza pero no retiene. Cuando vemos la riqueza del amor, cuando descubrimos todo lo que es y todo lo que "puede ser"...

Cuando hablamos del amor hablamos de ternura (que existe, no lo olvidemos, tanto en las formas román-



ticas de amor como en las no románticas). Amar a alguien no es tan sólo un sentimiento poderoso (¡y vaya si lo es!), es también una decisión, un juicio, una promesa, una tarea. Es una actividad, no un afecto pasivo. El amor no es un punto de llegada, no es un lugar de reposo, es un "taller", es movimiento, es aventura, es crecimiento. Es trabajo compartido (porque amor y trabajo son inseparables). En esta línea, Saint Exupery definía el amor como el momento en que "dejamos de mirarnos el uno al otro para mirar juntos en la misma dirección".

Si me permiten, me gustaría dar también "mi" modesta definición. **El amor es, esencialmente, comunicación (salir de sí mismo) con vocación de diálogo y donación** (expresados de múltiples maneras). Esta comunicación nos hace vulnerables. Nos expone a recibir heridas; nuestro corazón se encuentra a la intemperie. En toda experiencia de amor va a existir una renuncia. No es capricho, ni autoestima narcisista, ni comodidad. Así entendido, si nos educamos y educamos a otros para el amor, nos vamos a hacer un poco más vulnerables, pero a la vez más humanos.

El amor del que hablamos, en el que necesitamos educar, es un poder que produce lo mismo: amor. El amor me hace persona, esa difícil síntesis entre capacidad de comunicación y capacidad de soledad que dicen algunos. El amor es arte (¡que se lo digan a Fromm!) y como tal requiere disciplina, concentración, paciencia, preocupación por el dominio del arte, práctica de la fe. Amar es también sentir nuestra limitación y nuestra impotencia. El verdadero amor tiende siempre a darse. Es educación activa. O, dicho de otra forma, el amor termina siempre en obras:

¿Sabemos sobre el tema tanto como nos creemos? ¿Nos hemos sentido alguna vez totalmente vulnerables?, porque hasta ese día lo demás es música celestial. Sólo se ama de verdad aquello por lo que estamos dispuestos a dar la vida y aquello por lo que estamos dispuestos a vivir... Lo más importante del amor puede que no lo encontremos en los libros de educación sexual, sino en los mitos griegos, en los ojos de las personas, en un centro de voluntariado, en las caricias que hemos recibido (y también en las que no hemos recibido)...

No soy tan ingenio como para creer que en el espacio de un artículo, se agote el tema. Pero si tuviera que centrarme en dos o tres características y frutos del amor serían los siguientes: Educar para y en la **lucidez**, para y en la actitud de **generosidad**, para y en el **agradecimiento**. Educar a personas lúcidas, no resabiadas. Generosas, no egoístas. Agradecidos, no serviles y autosuficientes. Sin duda hay más mimbres, pero...

"No se ve bien sino con el corazón" (Lucidez) El verdadero amor sabe mirar. Presupone y, a la vez, facilita una **pedagogía de la mirada**. De una mirada que se transforma en respeto. En querer lo mejor para el otro. Esa lucidez sincera se convierte en terapia contra la ingenuidad y la amargura. Necesitamos distinguir fantasía de realidad. Educar para reconocer y aceptar nuestra limitación, ... Porque no todo es amor, no todo es salir de uno. Como decía Florencio Segura, un peligro de la lucidez es caer en la amargura. La "gracia" de la lucidez es la aceptación. No todo es jaja, no tenemos derecho a todo; el amor respeta, no salta etapas, comprende y acaricia con la mirada. Arroja luz sobre nuestra vida y nuestra realidad.

Lucidez para llamar a las cosas por su nombre (y esto no es tan fácil como nos creemos), para animarnos a trabajar, a sacrificarnos. Lucidez para descubrir y cumplir el deber... Es descubrir lo antiguo y lo nuevo. Es también admiración. Ser consciente de los sentimientos que se producen en nuestro interior y de los sentimientos que estamos provocando en otros.

"El tiempo que perdiste por tu rosa hace que tu rosa sea importante" (Generosidad) El verdadero amor siempre tiende a darse, es activo. Presupone y, a la vez,

facilita una **pedagogía de la justicia**. Esa generosidad, esa bondad se convierte en terapia contra el derroche y la cicatería. El amor termina en obra, en hecho, en detalle cotidiano, pequeño, casi insignificante... Y es que educar en el valor de lo pequeño también es educar para el amor. Obras son amores... Hay que poner el amor más en las obras que en las palabras... Es fecundo, es eficaz. Hace no que demos cosas, sino que NOS demos. El amor busca el bien del otro, de lo amado... El amor no da, SE da... en tiempo, en energías, en ganas, en vida... Pone al otro en primer lugar sin quitarnos valor a nosotros mismos. Nos hace valiosos... Es también aventura, riesgo, no calcular demasiado. Y es esfuerzo. Lo contrario sería caer en lo que Gandhi llamaba la "riqueza sin trabajo" o el "placer sin conciencia".

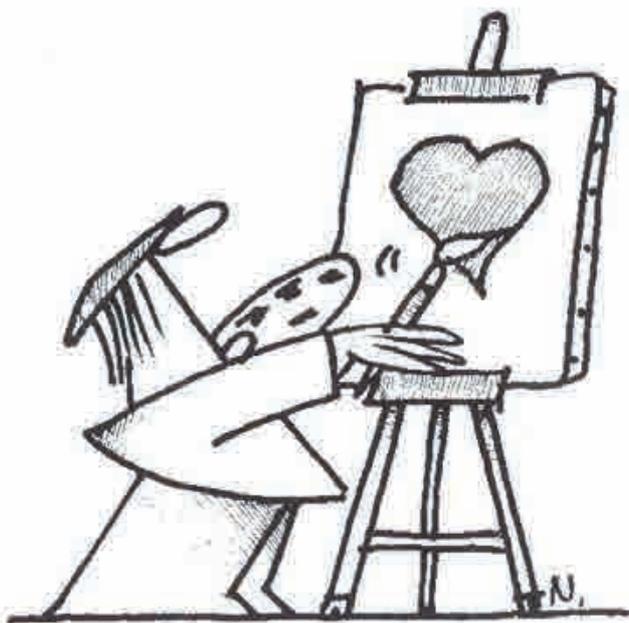
"Si vienes, por ejemplo, a las cuatro de la tarde, comenzaré a ser feliz desde las tres". (Agradecimiento) Cuando una persona nos ama, no podemos más que sentir agradecimiento. Presupone y, a la vez, facilita una **pedagogía de la humildad**. El amor muestra atención, sincero agradecimiento. El agradecimiento y la humildad se convierten en terapia contra la autosuficiencia, la soberbia, la mala gana y la indiferencia, la queja permanente... Amar es aprender a sentirnos agradecidos por ser amados. Porque en eso no tenemos nosotros la iniciativa. Somos amados porque otro nos ama.

Educar para el amor será también educar para discernir lo que es amor de lo que no lo es: esa fuerza que nos hace salir de nosotros mismos. Nos ayuda a superar la tolerancia y el respeto para alcanzar la hermandad. El amor es una manera de estar en el mundo. La "manera humana" de estar en el mundo. Nunca es un refugio, o una huida, o una compensación. El amor que no facilita las cosas, que no nos hace la vida necesariamente más fácil. No soluciona problemas, en muchos casos, los causa. Pero el amor nos abre al mundo, al otro, y a nuestro yo más auténtico. Tiene el poder de transformar al rival en hermano, al objeto en persona. Pero puede surgirnos la pregunta del millón:

¿Se puede educar para el amor?

Fromm dirá que no es un objeto que debe encontrarse, sino una facultad, un arte, que debe ser desarrollado. Y como tal requiere aprendizaje y trabajo. Evidentemente, a estas alturas, el lector ya es consciente de que al hablar de educación para el amor no me estoy refiriendo, única ni principalmente, al ámbito de la denominada educación sexual. Y nos hace falta educarnos para el amor porque en nuestro mundo, en nuestras relaciones, comenzamos a estar un tanto perdidos.

Creo que nos vamos "maleducando". Confundimos, echamos culpas... y la culpa siempre está fuera (el gobierno, mi jefe, mi pareja). Nos vamos educando en



una autoestima solipsista que es, potencialmente, muy peligrosa, porque hace hincapié sólo en el "YO". Confundimos demasiado a menudo valorarnos con creernos el ombligo del mundo y con que el mundo nos deba algo. Confundimos demasiado a menudo asertividad con mala educación y "fascismo larvado". Confundimos demasiado cuidarnos y calidad de vida con ser unos vagos e insolidarios. Confundimos demasiado escucharnos con prescindir de los otros. Confundimos dialogar con "monólogos a dos". Confundimos querer con poseer. Creo que calculamos mucho y nos arriesgamos poco. Creo que hemos confundido autoestima con egocentrismo y nos hemos olvidado de que autoestima es amor a sí mismo, un tipo de amor que nos hace "salir de uno mismo e inventar el milagro de un territorio en común".

¿Se puede educar para el amor? ¿Cómo ir educando en esta dirección? Es decir, ¿cómo ir avanzando en nuestra humanidad, en nuestro proceso de convertirnos en personas? La relación humana aparece cada día más frágil (lo empresarial, lo matrimonial...) y no es algo que estemos priorizando, o por lo menos no lo parece. La palabra dada corre el riesgo de ir perdiendo valor. El mundo de la afectividad, a todas las edades (evidentemente con acentos diferentes) siempre nos trae problemas (algunos francamente tontos y otros verdaderamente apasionantes), pero también satisfacciones. Pero, en todo caso, es un ámbito que nos ocupa y que nos preocupa. Y mucho me temo que seguirá preocupándonos. Sin embargo es algo que no nos preocupamos tanto de iluminar, de acompañar, de contemplar, de dejar partes nuestras "expuestas", de educar...

Mirando a nuestra sociedad, es evidente que no estamos tan liberados como creemos, no todo da lo mismo. Las relaciones de pareja no son como las presenta la literatura. Los orgasmos son más silenciosos y menos espectaculares que en las películas. La igualdad y la gratuidad no son tan frecuentes. Todavía no somos suficientemente conscientes de nuestros sentimientos. Y aún hay mucho sufrimiento encubierto en nuestras relaciones amorosas sean del tipo que sean (de pareja, paterno-filiales, familiares, comunitarias, amistosas, etc.).

Creemos que en este ámbito los niños se pueden educar por ósmosis, solos, casi naturalmente. Puede que, más o menos secretamente, nos gustaría que los educasen otros... Porque sigue siendo un ámbito en el que no todo el mundo se siente todo lo cómodo que le gustaría a la hora de hablar (pudor). Es un tema ante el que los docentes no se encuentran tan "serenos" como parece, ni siquiera los que van de progres por la vida... Un tema del que en muchas familias no se habla, y en el que no estoy muy seguro de que los adultos estemos suficientemente educados.

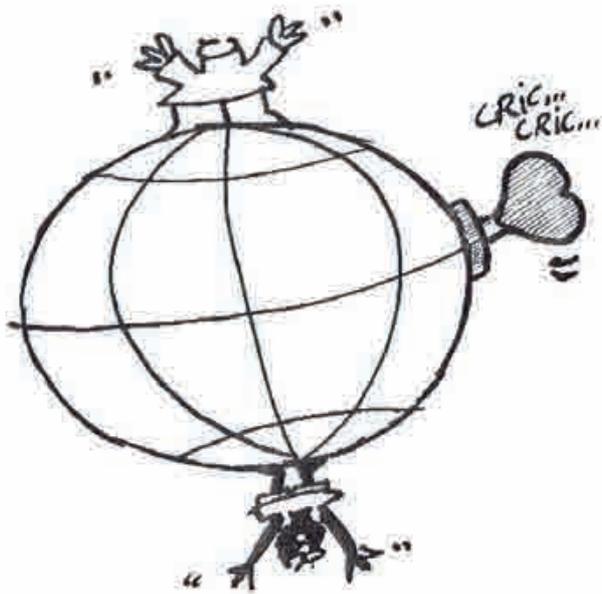


Es frecuente que en los colegios (y también en las familias) reduzcamos la educación para el amor sólo al punto de vista genito-sexual. Extremos del "todo vale" y del "todo es malo". Ninguno de estos extremos ayuda. No creo que sea mucho avanzar si la alternativa a la ausencia de información o a una educación afectivo-sexual represora es la de vender preservativos en los centros educativos. Mal vamos si la orientación no tiene, también, un matiz sentimental. Decía Bernanos que "cuando la juventud se enfria, el mundo entero se pone a tritar". Como padres y educadores tenemos una gran responsabilidad en un mundo que se va haciendo más frío.

La educación "fisiológica" para el amor es relativamente sencilla porque "en el fondo" se trata de una técnica y además hay muy buenos libros. Sin embargo, la educación para el amor es compleja, arriesgada, conlleva mucha creatividad, sinceridad con uno mismo e incluso salir de un cierto discurso imperante que separa lo moderno de lo "carca" (según nosequé criterios). No es algo tan sencillo. Es un tema que, en ocasiones, resulta incómodo y que, en muchos casos "cumplimos" con la llamada "educación sexual" (o, más bien) educación genito-sexual. Pero esto siendo muy importante y no muy difícil de explicar, no es suficiente.

Hacia una escuela de los afectos

Educar para el amor involucra más al educador y al progenitor porque no hay libros con fotos y dibujos claros. No hay materiales testados en diferentes países (en muchos casos lo que está es nuestra vida, nuestras perplejidades, nuestros logros, nuestros traumas...). Es exponer una parte en la que también existen demonios que puede que nos gustaría desterrar. Aunque como decía Rilke, "si mis demonios me abandonan, temo que mis ángeles también se marchen".



Educar para el amor significa compartir con nuestros alumnos/hijos todo lo humano que hay en nosotros, no sólo nuestras certezas, sino también nuestras dudas... Es tarea más de ejemplo que de otra técnica y se da con la espalda al descubierto porque entramos en el terreno de las actitudes. Quien educa para el amor se hace vulnerable. Un profesor auténtico transparente si se cree lo que dice, si está transmitiendo vida o simplemente contenidos. Nuestro hijo percibirá si sus padres nos queremos y nuestros alumnos acabarán sabiendo si para sus maestros su trabajo es un acto de amor o es simplemente una ocupación "alimenticia".

Cuando lo que funciona es el amor auténtico, comienza por su cuenta una terapia de la que salen fortalecidos valores importantes y de la que saltan en pedazos otros antivalores que engrosaban la lista negra que todos conocemos: ambición, miedo, egoísmo, mentira, incomunicación, abandono, "fiscalización", desconfianza, frialdad, violencia, intolerancia, deslealtades, engaños, prepotencia, rencor, infantilismo...

Nos jugamos mucho en esto cuando educamos en el amor. Y nunca subrayaremos con fuerza suficiente que se trata de un amor solidario: con la vida, con la naturaleza, con la humanidad, con nuestra pareja, con nuestros hijos, con nuestros mayores... Educar en una autoestima ni solipsista ni narcisista (tan en boga en ciertos ambientes) sino cósmica y -ya lo hemos dicho- solidaria. Nuestro bienestar no puede ser recibido pacíficamente si coincide o incluso se funda en el malestar e infortunio de cientos de millones de seres humanos.

Parece que todos lo tenemos claro cuando hay que considerar aspectos biológicos, no así aspectos éticos. Siempre pensamos en educar para el amor a los demás,

a nuestros hijos/alumnos... pero ¿y nosotros? ¿estamos educados o domados, reprimidos o disculpabilizados, liberados o acostumbrados?...

Necesitamos pasar por una auténtica escuela de los afectos donde aprendamos a "nombrar" nuestros sentimientos, a ser conscientes de ellos. Eso nos permitirá, a nosotros y a nuestros hijos y alumnos, reconocer y expresar esos sentimientos sin deformarlos. Educación para el amor es también querer a nuestros alumnos/hijos, liberar de los prejuicios de género, educar para el respeto, la igualdad y la solidaridad. Las futuras parejas deberán fundamentarse en valores como éstos.

Por último, educar para el amor también es educar la fortaleza. Hay un tipo de fortaleza que hace lo que debe hacerse no por ser fácil o emocionante, sino sencillamente porque merece la pena. Y yo le llamaría fortaleza al amor. No hay ninguna razón (que nos humanice, claro está) para compartir el dolor más que el amor. El dolor no puede ser "abrazado" más que llenándolo de amor. El es el fuerte.

La escuela tendrá que jugar un papel importante, qué duda cabe, pero creo que es en la familia donde el amor es más educado, percibido, vivido. En palabras de Ana Berástegui, la familia representa cinco grandes valores: *"en un mundo individualista, la familia nos enseña a buscar relaciones personales basadas en la fidelidad y la confianza; en un mundo apresurado donde prima la eficacia, la familia nos enseña el valor del largo plazo; en un mundo donde prima la competitividad y el afán de poder, la familia nos enseña el valor de la igualdad; en un mundo donde prima la productividad y la apariencia, la familia nos enseña a acoger a los más débiles y que las cosas esenciales son siempre gratuitas; en un mundo donde todo vale, la familia nos enseña apreciar los valores."*

Para terminar, simplemente recordarnos la definición más hermosa que conozco de lo que es el amor, al fin y al cabo, sobre esto he intentado escribir en estas páginas. La escribió hace casi 2.000 años Pablo de Tarso. Sin duda hay que sentirse muy amado y amar mucho para poder escribirlo:

"El amor es paciente, es servicial; el amor no tiene envidia, no se jacta ni se engríe; no es grosero ni busca su interés; no se exaspera ni lleva cuentas del mal; no se alegra de la injusticia; se alegra con la verdad. Disculpa siempre, se fia siempre, espera siempre, aguanta siempre. El amor no falla nunca."

Este amor, éste sí, es el motor del mundo. ■